

EL PROBLEMA DE LA UNIDAD OCCIDENTAL Y LA POLEMICA DE LOS NEUTRALISMOS

SOBRE LA INHIBICIÓN Y SUS POSIBILIDADES.

Frente a la versión, que consideramos discutible, y a tenor de la cual el mundo adopta el irremediable perfil de dos frentes polémicos en torno a los cuales inevitablemente han de agruparse cuantos no tienen posibilidad de protagonismo, se ha esgrimido otra, según cuyo contenido exegetico, dominando el sedicente panorama de la tesis de los bloques hostiles e inadaptables, es dable apreciar otra manifestación que se perfila como un fenómeno de dispersión, único causante de la inestabilidad que el mundo padece. Probablemente, ninguna de las tesis citadas refleja toda la verdad, pero acaso la última de las dos interpretaciones mencionadas, representa una más adecuada versión de lo que significa el presente momento internacional. Si, provisionalmente, aceptamos el segundo de los dos citados diagnósticos, sería cuestión de indagar respecto a las causas que han engendrado ese fenómeno de ecuménica dispersión, para así inducir si el síntoma es o no episódico, y si nos decidimos por aceptar su perdurabilidad, preguntarnos hasta dónde puede sobrevivir la comunidad internacional a esa crisis de aglutinación.

EUROPA PLAGIA A NORTEAMÉRICA.

A nuestro entender, no es aconsejable embarcarse en la tesis de la dispersión sin interrogarnos previamente en qué medida es practicable tal inclinación, y si no puede significar un obstáculo, en el camino de su

realización, la relevante circunstancia de que todo ademán inhibitorio no depende únicamente de la voluntad de quien intenta respaldarlo, sino de la posibilidad de realizarlo y mantenerlo. A guisa de ejemplo aclaratorio queremos referirnos a una bien conocida experiencia histórica. Aludimos al «Mensaje de Adiós» del Presidente Wáshington, se ha discutido ampliamente en lo que atañe a la oportunidad de la doctrina aislacionista contenida en ese documento póstumo, pero las disensiones en lo que atañe a este aspecto interpretativo, se trocaron en asentimiento respecto de un extremo que se consideraba indiscutible, a saber: que George Wáshington disponía de absoluta libertad de acción cuando aconsejaba a sus conciudadanos la práctica de una determinada conducta en materia de política internacional. Cosa bien distinta se ofrecía cuando el tiempo, al sucederse, iba convirtiendo en anacrónicas las prédicas aislacionistas del primer Presidente norteamericano. En notoria abundancia, los reparos opuestos a la tesis inhibitoria de Wáshington procedían del viejo mundo, pero ahora registramos la paradoja siguiente: es de ese campo polémico que tan insistentemente criticó la tendencia aislacionista norteamericana de donde provienen, como veremos en lugar oportuno, los ademanes encaminados a respaldar el aislacionismo, trasplantándolo a tierras europeas. Tal inclinación encierra, a primera vista, una mácula plural; de un lado, quienes reprocharon a los Estados Unidos la práctica de una impenitente política internacional aislacionista, pretenden ahora imitar a Norteamérica, incurriendo así en un defecto de anacronismo; de otro, quienes al discutirse lo que había de ser Pacto Atlántico, formulaban como básico reproche, dirigido a Norteamérica, el de que ésta no se decidía a aceptar la tesis de la guerra automática cuando se produjera la agresión, ahora que perciben cómo Norteamérica se muestra dispuesta a defender al viejo mundo (condenando la tesis de la liberación, precedida de la invasión), propugnan la política de la inhibición o del neutralismo, con lo cual el vigor polémico de su tesis se resiente de modo acentuado. Todo ello no engendra otra consecuencia que la de incrementar la acentuada confusión que el mundo padece desde 1945. Por ello, la necesidad de situarnos ante el fenómeno presente intentando penetrar en los entresijos de esta confusa situación internacional, propósito que se pretende llevar a cabo en las líneas subsiguientes.

UNA CUÁDRUPLE INTERROGANTE.

Todo observador situado ante la plural interpretación de la dualidad o de la diversidad del mundo en la hora presente, permisiblemente le sería tolerado, formular la siguiente cuádruple interrogante: 1.^a Supuesto que desde 1945 se nos ofrecen dos modos de perfilar y definir la misión del hombre, ¿exigirá esa plural y divergente interpretación el desenlace cruento, determinado por la acción coetánea e incompatible de dos mundos dialécticamente alejados en medida abisal? 2.^a Si el mundo es lo suficientemente dilatado para que cada uno de los dos protagonistas (Norteamérica y Rusia) cuente con su respectiva esfera de acción, posibilitándose así una tolerancia, no en el orden ideal, pero sí en sentido espacial, ¿por qué no aceptar ese mal menor, referido a un determinado período de tiempo lo suficientemente dilatado para que permita la amonorción de nuestras perplejidades y la eliminación de parte de nuestros sobresaltos? 3.^a ¿Se trata irremediamente de dos mundos potencialmente destinados al intento de adscribirse los beneficios ecuménicos de la cosmocracia y a cuyo duelo epilodal debemos asistir, ya que no como insoslayables coo-participes, maniatados, cuando menos empujados por la dramática lógica del proceso antitético actualmente en marcha? Ese sector de la tierra que no forma en ninguno de los campos hostiles, ¿no puede intentar el logro de una especie de evasión polémica, reinstalando la tambaleante fe en sus destinos e incrementando hasta donde ello es factible sus problemáticas posibilidades de protagonismo? ¿No puede constituir ese propugnado protagonismo tabla de salvación para este mundo perplejo, que pertenece, por vocación histórica, al viejo Continente occidental? 4.^a Siempre que en la escena internacional han aparecido Estados con propósitos más o menos acentuada y conscientemente hegemónicos y las circunstancias posibilitaron el incremento de su protagonismo, tales Estados han tendido a implicar como satélites, más que como coadyuvantes, a otras naciones, formulando la exigencia de cooperación obligada, de modo tal, que los requeridos y conminados no disponían de libertad de acción para rehuír la cooperación que se les asignaba, como insoslayable. ¿Es esta realmente la situación dramática de ese mundo interpuesto entre dos cosmocracias potenciales? Si se

contesta afirmativamente, automática e irremediablemente carecerían de razón de ser y de practicabilidad todos los actuales ademanes orientados en el sentido del marginalismo.

Cualquiera de las precedentes interrogantes, dentro de cuya área pretendemos inscribir las inquietudes internacionales del momento presente, encierra perceptible gravedad, pero acaso de todas las preguntas formuladas, la tercera es la que más acentudamente alcanza a la Europa de Occidente, ya que de la respuesta que pueda darse a tal interrogante depende no sólo el destino de la vieja Europa, sino el que estas viejas tierras occidentales puedan retener la última posibilidad de protagonismo presumiblemente a su alcance. No se desdeñe lo que puede representar en los instantes actuales el factor europeo —incluyendo en el mismo a Alemania—, ya que sumado decididamente a los Estados Unidos, elevaría a Norteamérica a la preponderancia, pero incorporado a Rusia, situaría a la Unión Americana en una posición claramente angustiosa.

AISLACIONISMO Y SECESIÓN COMO POSICIONES DISTINTAS.

Generalmente, cuando se habla de modo indistinto (aun cuando, a nuestro entender, con notoria impropiedad y visible confusión) de secesión, aislacionismo, neutralismo, marginalismo e inhibición, se piensa que tales tendencias necesariamente han de encarnar en aquella parte de Europa nutrida por Estados que han luchado como aliados de los Estados Unidos y que pertenecen al mundo occidental. Existe, según nuestra interpretación, un doble error en tal afirmación, desorientación que, como veremos seguidamente, no es imposible evidenciar.

En primer término, no puede hablarse como de términos indistintos de secesión, aislacionismo, neutralismo, marginalismo e inhibición; entre esos apelativos, se aprecia no sólo una diferencia de matices o una disparidad rotularia, sino una disensión de sustancia. La secesión, al menos en política internacional, significa deslealtad frente a un deber no contraído mediante las cláusulas episódicas y rectificables de un tratado, sino determinado por consideraciones de tipo permanente, a cuyas exigencias no es lícito hurtar nuestra responsabilidad; para nosotros, secesión es deserción respecto de un determinado destino histórico, y

en ese sentido, carece de toda posibilidad de justificación. El aislacionismo encierra más acentuada levedad que la secesión, ya que encarna en quien dispone de libertad de acción para determinar su destino sin que en tal ademán individualista puedan prenderse reproches; tal ha sido la experiencia norteamericana en los años subsiguientes al histórico «Mensaje de Adiós», de Wáshington; por el contrario, cuando el aislacionismo quiso prolongarse inadecuadamente en el orden del tiempo, se transformó en clara secesión; de tal metamorfosis nos brinda un ejemplo aleccionador lo realizado por Norteamérica entre 1919 y 1939, abandonando al viejo mundo a su infortunio y contrayendo así una terrible responsabilidad histórica, que nosotros señalábamos con insistencia y oportunidad (1) y que ahora nadie pone en tela de juicio, ni en los propios medios norteamericanos, obcecadamente aislacionistas. De todo cuanto queda consignado, deducimos que, en los instantes presentes, todo ademán aislacionista sería punible respecto de aquellos que los respaldan, y mortal, para cuantos habrían de padecer sus consecuencias. El delito de desertión alcanzaría por igual a los europeos que pretendieran practicarlo o a los americanos que se obstinasen en su galvanización.

EL NEUTRALISMO, SU COMPLEJIDAD Y SUS PELIGROS.

En lo que atañe a la práctica del neutralismo, nos parece innecesario agregar que tal inclinación es no sólo la que ha alcanzado más extensión, sino la que parece contar con un más adecuado respaldo dialéctico. El neutralismo expresado en términos lacónicos quiere decir desentendimiento respecto del gran duelo ruso-norteamericano. Pero así definido se correría el riesgo de aceptar una versión incompleta, y, como tal, recusable, respecto a lo que representa esa inclinación, inspirada en el desistimiento. Trátase, por el contrario, de un fenómeno de abultada complejidad que es preciso considerar en toda su espacial y dialéctica significación, si es que pretendemos proyectar un poco de luz sobre el panorama internacional de la hora en curso. Hay un neutralismo que

(1) CAMILO BARCIA TRELLES: *Origen, evolución y destino del aislacionismo americano*, en «Estudios de Derecho de Gentes y de Política Internacional». Instituto F. Vitoria. Madrid, 1948

pudiéramos denominar optimista limitado en sus ambiciones. Es aquel que se afina en la posibilidad de vivir al margen de la actual rivalidad ruso-norteamericana. Quienes participan de esa creencia, lógicamente inducen que es arriesgado e improcedente inscribirse contractualmente en alguno de los campos beligerantes. Pensando de ese modo, los que propugnan la tendencia neutralista, parecen perseguir una plural finalidad: de un lado, desembarazarse del complejo de inferioridad que simbolizan en el satelitismo; ya que aun admitiendo que el satelitismo del Este y del Oeste europeos difieren sustancialmente, por cuanto el uno es impuesto, sin concesión de réplica, y el otro se alcanza por vía voluntaria, consideran que en esencia, sean cuales fueren la etiología y la construcción de ambos sistemas, uno y otro, irremediablemente admiten de modo implícito el carácter insoslayable de una u otra hegemonía. Por eso nada tiene de extraño ni de sorprendente que haya sido en los medios neutralistas de la Europa occidental donde ha nacido una más clara oposición al ingreso del Occidente europeo en el sistema defensivo de la comunidad atlántica.

Admitida la posibilidad del neutralismo —hasta el presente inde-mostrada y acaso indemostrable—, ya es lícito inducir consecuencias de tal posición dialéctica. Resulta que los neutralistas de Occidente no han sabido o no han querido reflexionar en torno a un contraste que no debe pasar inadvertido y es el siguiente: si Rusia conserva su actual clientela periférica y sometida, y no logran los Estados Unidos sumar parecidas aportaciones en Occidente, se habrá acentuado el actual desequilibrio del mundo, en beneficio de Moscú y en perjuicio de Norteamérica, y como nadie puede poner en tela de juicio que el básico problema internacional coetáneo es el desequilibrio que hizo saltar en trizas el sistema de la compensación de fuerzas nacido en 1648, no parece inadecuado deducir que los neutralistas, lejos de atenuar un problema que es realidad desde 1945, contribuyen a su agudización y, al agravarlo, irremediablemente disminuyen las posibilidades de evasión que creyeron encontrar en el marginalismo. Nos adentramos así en un auténtico callejón sin salida, con lo cual sólo nos será dable registrar la agravación de un mal del cual hemos intentado, vanamente hasta el presente, liberarnos. El peso evidente de las anteriores objeciones no puede pasar inadvertido a los ojos de los neutralistas, ni aun de aquellos

que apuntalan esa tendencia con notoria obcecación. De ahí la aparición de nuevo intento justificativo al cual es imprescindible referirse.

LA TESIS DEL NEUTRALISMO DINÁMICO Y EL SISTEMA DE LA «TERCERA POSICIÓN».

Para algunos voceros del neutralismo occidental, esta inclinación no ha de considerarse en su significación específicamente pasiva, sino en cuanto antecedente que permita a la vieja Europa reconquistar un protagonismo plurisecular, al cual no debe renunciarse sin escrutar previamente respecto a sus posibilidades de reinstalación. Así se nos dice que el neutralismo actuaría como un detergente, tanto respecto de Rusia como de los Estados Unidos, cuyas respectivas políticas internacionales se atenuarían en su audacia y se inclinarían más hacia la prudencia; esa merma y ese incremento, posibilitarían a la Europa occidental la recuperación de su actividad pretérita; así resultaría que en vez de dos bases nucleares —representadas, respectivamente, por Washington y por Moscú— se ofrecería al mundo una tercera solución, y es bien sabido como, tanto en el campo de la política interior como en la esfera de la dinámica internacional, ese apelativo de la tercera fuerza o de la tercera posición, ha sumado en torno a su indudable sonoridad muchos adeptos. Repare el lector que al consignar lo que antecede no ofrecemos un reflejo de nuestra propia interpretación, que por ser nuestra carecería de relevancia, sino que tratamos de brindar una versión lo más honesta posible de la interpretación vinculada a los neutralistas occidentales, y formulada la precedente advertencia, ya nos será permitido proseguir en nuestra exposición.

El neutralismo no es denominación que pueda incluir en su área todas aquellas corrientes europeas más o menos adentradas en la técnica de la inhibición. Resultaría inadecuado alinear en el mismo frente polémico un neutralismo de tipo absoluto, como el sueco o el suizo, e incluir como análogo el sospechoso neutralismo de los pseudo-comunistas o el defendido en Francia por voceros pertenecientes a sectores templados de la política. Ni las motivaciones ni las finalidades de los citados neutralismos ofrecen homogeneidad bastante para agruparlos con propósitos

de permanencia y de coincidencia. De ello cabe inducir que esos sectores de opinión para los cuales es aconsejable el vivir al margen de la actual rivalidad ruso-norteamericana, no pueden servir como materiales para construir un coherente frente dialéctico y que, por consiguiente, cuantos pretenden erigirse en conductores de tal corriente, mandarían sobre lo disperso y disconforme y no actuarían respecto de lo que pudiera ser coherente y coincidente.

A) La posición francesa y su plural inconsistencia.

Prescindiendo de las razones genésicas de esos neutralismos e igualmente haciendo caso omiso de sus propósitos finalistas, hay algo respecto de cuyo significado no parece indicado dudar, y es que unos y otros quieren refugiarse tras las fronteras de lo que pudiéramos denominar un mundo marginal; ese además de cobijo, sin embargo, tampoco es coincidente, por cuanto existe un núcleo, acaso el más prominente y ruidoso, que confesándolo o silenciándolo, abriga un designio: el utilizar la jefatura del neutralismo europeo para recuperar un protagonismo que de otro modo resultaría de imposible consecución. Tal es, a nuestro entender, el caso que nos ofrece un importante sector de la opinión francesa. En esencia, todo ese neopaneuropeísmo que ahora se propugna en la nación vecina, necesariamente ha de tomar la forma de cuanto brota como producto específico de la sedicente lógica francesa. No consideramos inferir una ofensa a nuestros vecinos del norte europeo, si decimos que su país no ha sido nunca capaz de desprenderse de un afrancesamiento que impide la construcción de cualquier principio defendido con ambiciones ecuménicas, y ahora no podía fallar lo que es fruto de la apuntada incapacidad. Francia, aquel sector de opinión francesa que propugna el neutralismo, no se da cuenta de que al apoyar esa tendencia echa por la borda lo que se ha considerado como virtud prominente del citado pueblo: su rigor lógico. Porque si el neutralismo es desistimiento, no puede ni debe servir de apoyatura para transformarse en fuerza activa y dirigente, y, sin embargo, esas son las intenciones finalistas de los neutralistas franceses: reinstalar su protagonismo, olvidando que se trata de un propósito respecto del mañana que tropieza

con la realidad de dos hegemonías ya afirmadas sobre el mundo de modo acaso irremediable.

Menos atención merece otra versión neutralista que puede cautivar por su inocencia, pero que no merece consideración en lo que atañe a su rigor dialéctico. Se nos dice, en efecto, que cuanto implique fortalecimiento de la comunidad atlántica e incremento del rearme sólo puede servir como acicate para que Rusia persista en sus actuales propósitos de satelitismo, epílogo indeseable, que se dice soslayable, si a Rusia se le ofrecieran muestras palpables de que Europa no está dispuesta a alinearse sumisamente en el frente atlántico. Pensar así vale tanto como admitir lo que nos parece no ya discutible sino recusable: que Rusia abrigue propósitos eminentemente defensivos y que esté dispuesta a renunciar a sus designios de comunización universal. Aun admitiendo que existan por parte de Rusia tales propósitos de prudencia, sería preciso preguntarse si la U. R. S. S., empujada por su propia lógica, puede detenerse en su camino de expansión; la respuesta nos parece indudable, y toda discrepancia respecto a la imposibilidad de que Rusia renuncie a sus confesados propósitos finalistas, la consideramos como un auténtico dislate, constituyendo esta deducción uno de los muchos puntos vulnerables del sedicente y trasnochado neutralismo.

B) *Las circunstancias que generaron el neutralismo de los vencidos.*

No sólo en el seno de la comunidad atlántica se registran estas inclinaciones de tipo inhibitorio; también se perciben en el área de los vencidos, y en forma de tendencias que sería inoportuno ignorar. Como es sabido, el año 1945 trajo, con el fin de la guerra, la nueva realidad de dos carencias: una en Extremo Oriente, otra en el corazón mismo de Europa; ambos vacíos habían de pesar prominentemente, y acaso el no valorarlos a su hora posibilitó, de un lado, la agudización de la inestabilidad internacional, y de otro, la aparición de la «guerra fría», con todas las consecuencias que la técnica dialéctica rusa implicó. Ambas carencias no podían prolongarse indefinidamente, por la sencilla consideración de que tanto el Japón, especialmente a partir de la paz de Portsmouth, como Alemania, después de la guerra franco-prusiana,

pesaban acentuadamente y no era posible sin provocar una dislocación ignorar lo que significaba la proyección de ambos protagonismos. Estas consideraciones de tan abultada prominencia, al parecer, pasaron inadvertidas para los propugnadores de la llamada «rendición incondicional», sistema que implicaba la introducción de un factor de interinidad altamente peligroso para Occidente, en la misma medida que favorecía la tesis de Moscú. El marginalismo así decretado, suponía una posibilidad de incitación para los vencidos, que reducidos a la condición de pasividad podían habituarse a la creencia de que tal marginalismo impuesto podría acaso ser construído como posición voluntaria. Este fenómeno se ha registrado tanto en el Japón como en Alemania, países ambos de gran tradición militar, que pudieron sorprender al mundo reemplazando su pretérito castrense por nostalgias de desentendimiento respecto de los problemas planteados en la postguerra. Si los vencedores midieran con tiempo lo que significaba el sistema de la «rendición incondicional», no podrían en la hora presente experimentar la sorpresa determinada por la aparición de tales reacciones neutralistas. De todo lo cual parece desprenderse, como lógica consecuencia, que la doble carencia nipogermana corría riesgo de prolongarse en el orden del tiempo, incluso desdeñando las ofertas de colaboración que tardíamente les eran brindadas desde el campo de los vencedores. En lo que atañe a este aspecto del problema, Rusia procedió con más acierto, ya que logró la firma de tratados de paz con las naciones contiguas o próximas, generándose así un Estatuto que no había de suponer obstáculo para la práctica del actual satelitismo. De ahí el contraste engendrado por la interinidad y la indecisión al lado occidental del telón de acero, y la conclusión de tratados de paz con los Estados destinados al satelitismo. La medida del apuntado contraste había de acentuarse con el sólo sucederse del tiempo, resultando así que lo registrado actualmente en el campo occidental era previsible y hasta presumible.

Puede el lector imaginarse lo que en ese ambiente internacional había de significar la aparición del neutralismo, encarnado en amplios sectores de la opinión alemana y nipónica; neutralismo de más acentuada gravedad que el generado en ciertos países occidentales, por cuanto aquel había de pesar como una fuerza paralizante respecto de los esfuerzos realizados con vistas a la conclusión de tratados de paz

con Alemania y con el Japón. De ahí la necesidad de referirse al neutralismo de los vencidos para así valorar lo que tal inclinación inhibicionista representa en la actual crisis internacional.

C) *El neutralismo japonés y su proceso formativo.*

La dislocación japonesa a partir de 1945 era evidente; de modo repentino, Tokio se veía privado de todos aquellos presupuestos sobre los cuales se había construido su economía como gran potencia; falta del arroz y del azúcar formosiano; carencia del carbón y del hierro manchuriano; ausencia de la soja de las tres provincias del Este, que constituía uno de los puntales de la armadura japonesa. A esto debe agregarse en el orden estratégico la desaparición del bastión coreano, que dejaba al Japón indefenso frente a posibles ataques provenientes de la tierra firme. Aun más acentuadamente que las citadas eliminaciones, era preciso pensar en la ausencia de China, ya que el Japón, ocupado por las tropas norteamericanas, no podía oponerse a la política patrocinada desde Washington de apoyo a un régimen agonizante y de oposición al nuevo Gobierno de Pekín, que necesariamente había de entregar la China comunista, a la U. R. S. S. Acaso no sería exagerado afirmar que desde que la política internacional constituye una realidad, ningún otro pueblo había sentido, en la medida del japonés, las consecuencias de una derrota; se operó el desconyuntamiento de la vida política y económica del Japón, en medida tal, que resultaba imposible pensar en remedios próximos. Nada tiene de extraño que ante tal situación afflictiva, en el Japón adquiriese volumen la tesis de la neutralidad y del desistimiento. Ello fué más bien provocado que evitado por los Estados Unidos. Recordemos la doble tesis del general Mac Arthur en los años de su omnipotencia proconsular; sostenía, de un lado, el general depuesto, que el Japón estaba llamado a convertirse en la Suiza del Extremo Oriente; alegaba, al propio tiempo, que los Estados Unidos no precisarían bases en las tierras metropolitanas del Japón, ya que una defensa exterior o periférica podía articularse desde la isla de Okinawa; plural afirmación, por lo menos discutible. Ante todo, resulta difícil explicar cómo un pueblo de más de ochenta millones de habitan-

tes, con el agudo problema de su plétora demográfica, puede desempeñar en Asia el papel que Suiza encarna en el corazón de Europa; toda la acción japonesa en la llamada «Gran Asia Oriental» no debe considerarse como producto específico de sus voceros imperialistas, sino en cuanto fruto inevitable de una serie de presupuestos que impelían al Japón a realizar una política de expansión afincada en el conocido dilema de expansión o explosión. Mac Arthur, al parecer, no valoró exactamente esa serie de circunstancias, tan opuestas a cuanto implicase práctica de política neutralista, pero, acertada o no, tal visión constituía una base dialéctica para los propugnadores de la neutralidad japonesa. En lo que atañe a la defensa periférica del Japón, con el sólo apoyo representado por Okinawa, debe decirse que semejante tesis constituía una inversión absoluta de las leyes geopolíticas que imperan en aquella parte del mundo asiático, deducción que adquirió la condición de irrefutable al día siguiente de producirse la agresión comunista en Corea; Corea se hubiese perdido irremediabilmente sin el apoyo que en tierras nipónicas encontraron, como base de acción, las fuerzas de las Naciones Unidas. La alegación de Mac Arthur apuntada, representaba para el Japón la necesidad de indagar cómo podía atender a una defensa que no podía serle procurada por el sistema de las llamadas líneas periféricas. Resultaba así que el Japón no encontraba en la cooperación brindada desde Wáshington seguridades respecto del futuro, y de ahí la necesidad de operar un movimiento de secesión, imprimiendo al neutralismo propugnado la significación de una tercera fuerza en Asia. Así prendió también en tierras japonesas ese tan extendido *slogan* de la tercera fuerza o de la tercera posición; proyecto que se articula del modo siguiente: es preciso, se dice en los medios industriales de Osaka, reanudar las relaciones comerciales con China, sea ésta comunista o nacionalista; para ello, el Japón debe decidirse por la práctica de una especie de neutralidad armada, posición que la aproximará a su auténtico destino, el cual no sería otro que el de una tercera fuerza, interpuesta entre Rusia y los Estados Unidos, contando para ello con la cooperación de China. Resulta, pues, que un sector de la opinión japonesa aspira nada menos que a rectificar la política norteamericana en Asia, que reputa de precipitada al no considerar con cautela la aparición de la China de Mao, con la cual no estiman prudente haber roto

de manera irremediable. A fortalecer la tesis de esa especie de neutralismo armado, contribuye el ocaso de Mac Arthur, que los nipones valoran en el sentido de que Wáshington se decidió por la tesis de *Europa first*, lo cual implica la derrota de los asiaticantes de Wáshington y la afirmación de la política defensiva periférica a que dejamos hecha alusión en otra parte del presente artículo. Al propio tiempo, se tiene presente que las normas geopolíticas aplicables a la acción internacional de los Estados Unidos y de los dos Dominios insulares británicos, no son las mismas que las nipónicas, y esa heterogeneidad impide, en cierto modo, incluir esos Estados del Pacífico en un sólo tratado de garantía. Tal tesis parece confirmarse cuando se piensa que se propugnan dos tratados independientes entre sí: uno de garantía entre el Japón y los Estados Unidos, otro del mismo género entre Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda; este último concluído precisamente para aquietar los temores de los Dominios británicos respecto a una posible recidiva nipónica. Esto aparte, pueden los Estados Unidos y los dos Dominios británicos encontrar garantías en un pacto de significación claramente talasocrática, pero no es ese el caso del Japón, cuya independencia y seguridad deben construirse con vistas a la tierra firme asiática, ya que dominado el Continente amarillo por la acción concorde de Rusia y China, resulta difícil explicar cómo el Japón puede hacer frente a la terrible presión que sobre sus islas se proyectaría desde la invulnerabilidad de las líneas interiores asiáticas, presión proveniente de lo que Mackinder denominara *Heartland*, porción del mundo que va sin discontinuidad desde el punto terminal del telón de acero europeo hasta el Estrecho de Behring.

El que nosotros reflejemos en las líneas precedentes lo que hay de sustancial en esas reacciones dialécticas japonesas, encaminadas a justificar su tesis de la neutralidad armada o de la constitución de una tercera fuerza asiática, no implica la consecuencia de que asintamos a las mencionadas interpretaciones; nuestro propósito era más limitado, ya que perseguía como finalidad el poner de manifiesto hasta qué punto de todos los neutralismos que en la hora actual se están manipulando a través del mundo, acaso el de mayor gravedad, es el que encarna en los países vencidos, cuya posición singular les impide, en cierto modo, sumarse decididamente a ninguna de las potencias columbrantes y les

impele a encontrar, fuera de un más o menos acentuado satelitismo, la seguridad que no creen pueda serles procurada al inscribirse en cualquiera de los dos campos hostiles. No es el espíritu de revancha de los vencidos lo que ahora cuenta y que tanto influyó en pasadas experiencias, sino una reacción inédita y, como tal, portadora de una serie de incógnitas a cual más inquietantes.

D) *Singularidad del neutralismo alemán y sus rasgos distintivos.*

Los presupuestos que se aducen en cuanto explicación del neutralismo alemán, difieren, en gran parte, de los que manipulábamos a propósito del Japón. Pueden agruparse en la enumeración que subsigue: 1.º Alemania es una geocracia, en tanto el Japón, si ha de subsistir como potencia, necesariamente ha de orientarse como una talasocracia. Una talasocracia, por ubicación y por destino, vive siempre alejada de los riesgos, por lo menos inminentes e irremediables, de una invasión. De ahí se induce que la neutralidad o el marginalismo están siempre más al alcance de una talasocracia que de una geocracia. La razón de ser de la afirmación precedente podría contrastarse centrando nuestra atención en cuáles fueran las políticas internacionales de Francia e Inglaterra en las últimas centurias. Si Albión pudo practicar en las prostrimerías de la era victoriana el denominado «espléndido aislamiento», ello no era dable practicarlo a Francia, y si consideramos como difícilmente realizable la inhibición nipona, menos practicable nos parece la germana. 2.º Alemania ha entrado en la escena internacional como nación portadora de amplias posibilidades protagónicas mucho antes que el Japón; la política internacional del Japón esencialmente se construía con vistas al Continente asiático; la acción exterior de Alemania fuera especialmente de más alcance, ya que en el último periodo de la historia del primer Reich, especialmente después de producido el ocaso de Bismark, ofrecía un rótulo simbólico: la denominaba «weltpolitic», o política mundial. Siendo así más abultado el protagonismo alemán resultará menos practicable una inhibición. 3.º Tanto Alemania como el Japón han debido aceptar, con la derrota, las cruentas consecuencias de esa táctica jurídicamente indescribable que se llamó la «rendición incondi-

cional»; pero la analogía del desenlace no significa que ambos vencidos iniciasen su camino de la derrota en circunstancias similares: el Japón conservó su armadura política y su unidad territorial insular, padeciendo sólo amputaciones que no eran específicamente metropolitanas; Alemania, por el contrario, aparte mermas espaciales, unas defendibles, otras arbitrarias, perdió su unidad política, y precisamente por ello no sólo el problema específicamente alemán sino el de Europa genéricamente considerada, gira en torno a la decretada división de la Alemania del Este y el Oeste. Son los propios neutralistas alemanes los que concurren con nuestra interpretación al sustentar como tesis básica la de la unidad territorial y política, según ellos sólo asequible, desentendiéndose Alemania de la actual pugna ideológica entre el Este y el Oeste.

4.º Es indudable que se apreciaba más de una coincidencia entre la Alemania del III Reich y el Japón prebélico; ambas naciones manipulaban con ahinco la tesis de que su problema demográfico les impelía hacia la expansión. Puede apreciarse en los datos precedentes una coincidencia básica, pero no identidad en la medida y acuciamiento del problema planteado. La plétora demográfica del Japón —en proporción a la tierra arable la más dramática de las conocidas— era mucho más acentuada que la germana. Alemania contaba dentro del área de su soberanía con materias primas en medida suficiente para organizar una poderosa industria pesada; el Japón debió buscar fuera de su recinto insular, bien el carbón o el hierro de Manchuria, ya el arroz birmano, lo mismo que el algodón yanqui; tales circunstancias impedían al Japón construir, dentro de su área metropolitana, su sistema industrial con arreglo a la norma autárcaica que Hitler propugnó y aplicó al III Reich.

5.º El Japón está ubicado en las líneas exteriores del Continente asiático, circunstancia que lo preserva de una invasión súbita e incontenible, ya que un ataque proveniente de Eurasia, no podría ser realidad sin el previo dominio del mar y del aire, doble finalidad esta que no puede lograrse en tanto Norteamérica controle los océanos del mundo, hegemonía marítima que no puede ser fácilmente transferible, por lo menos en un plazo de tiempo limitado. Alemania, por el contrario, situada entre el mundo comunista y la Europa occidental, en el supuesto de una guerra entre el Este y el Oeste, difícilmente podría evitar que su suelo se convirtiese en campo de batalla. Como veremos más adelante, los

neutralistas alemanes propugnan la práctica de una especie de equidistancia entre el Este y el Oeste, olvidando que Alemania, en su política internacional pendular, sobre todo en períodos cruciales, más bien parecía orientarse hacia el Este agrícola, como lo revelan, de un lado, los acuerdos de Rapallo, y de otro, el Pacto germano-soviético de 1939. Lo que parece innegable es que Alemania, aun después de restaurada su unidad, no puede liberarse de su posición o *Lage*, factor que tanto influyó en las construcciones geopolíticas de la escuela alemana. Es difícil explicarse cómo un país puede en tales condiciones aspirar bien sea a convertirse en una especie de *No-Man's Land*, ya a poner en práctica el *slogan*, hoy tan de moda en ciertos círculos alemanes de *Ohne uns*, «sin nosotros», ya que si es difícil conquistar un protagonismo internacional por parte de un Estado neófito, consideramos todavía menos practicable que un país, tan cargado de actividad histórica como Alemania, aspire a vivir desentendido de un duelo dialéctico que en la actualidad alcanza en su eco a todos los rincones de la tierra.

Conocidas las precedentes notas diferenciales, consideramos posible penetrar en las complejidades del neutralismo alemán, aun cuando, como veremos, la inclinación dialéctica de los neutralistas no puede incluirse en un programa singular y acatado sin discrepancias por cuantos alimentan esa posición que tiende a esquivar un problema calificado como dramático. Entre las manifestaciones del neutralismo alemán podemos mencionar, como las más destacadas: a) doctrina del Nauheim Kreis; b) grupo dialéctico con su órgano «Frankfurter Hefte»; c) posición de Gustavo Heinemann; d) tesis de la Iglesia Evangélica. Los cuatro grupos citados coinciden, como veremos, en la sustancia de sus propósitos finales, pero discrepan en lo que afecta al procedimiento dialéctico que utilizan para justificar sus respectivos puntos de vista.

Si caracterizamos el neutralismo alemán como un movimiento específicamente inhibitorio, tanto respecto del Este como del Oeste, incurriríamos acaso en un imperdonable error calificativo; no es mera inhibición la que nos brindan los neutralistas alemanes; su tendencia, más que de desistimiento, resulta ser, en cierto modo, aglutinadora, no tan sólo en lo que afecta a la instalación de la unidad política, económica y territorial de Alemania, sino en lo que concierne genéricamente a Europa, por cuya avenencia, unión o federación, aseveran propugnar.

Para ello, la técnica neutralista alemana baraja cuatro objetivos: neutralización, evacuación, unificación y exclusión de los efectos de la llamada «guerra fría». En la adecuada manipulación de esos cuatro elementos pretenden cimentar su tesis los neutralistas alemanes, tesis que se apoya a la vez en la prosecución de otra finalidad: impedir la remilitarización de Alemania, por lo menos en tanto perdure la actual división entre el Este y el Oeste.

La complejidad inherente a la formación dialéctica del neutralismo alemán explica, aun cuando no justifique, el que ciertos observadores del fenómeno germano sospechen si en definitiva es a la tesis rusa a la que beneficia la tesis neutralista, sospecha que parece fortalecerse teniendo en cuenta que Grotewohl se produce como decidido defensor del neutralismo alemán. Sin negar que los neutralistas del occidente europeo, tanto franceses como alemanes, han encontrado apoyo en sectores comunistas, debe tenerse presente que muchos partidarios de la inhibición alemana, se producen con tal honestidad dialéctica que toda sospecha de filocomunismo por su parte la consideraríamos arbitraria.

He aquí lo que hay de sustancial en las cuatro principales tendencias del neutralismo alemán:

1.^a Para un sector neutralista, la remilitarización de Alemania implicaría fatalmente el estallido de una guerra civil. Se fundan en la consideración de que si Alemania participase en una guerra europea, tal contienda se transformaría en una pugna de alemanes contra alemanes, librada precisamente en territorio germano, ya que la remilitarización equivaldría a la legalización anticipada de Alemania como campo de batalla. Así piensa Gustavo Heinemann, ministro disidente del Gobierno Adenauer, discrepancia originada por su oposición a la tesis del rearme.

2.^a Para otros, el neutralismo no sólo puede definirse por su específico contenido, sino por antítesis y lo opuesto al neutralismo sería la remilitarización. Ese sector de opinión considera que el rearme del mundo es consecuencia de la discrepancia entre los bloques del Este y del Oeste, que se quieren convertir en conjuntos armados, dividiendo en dos la Alemania actualmente ocupada y provocando su desgarramiento. Por eso se rechaza la remilitarización. Tesis respaldada por la Iglesia evangélica.

3.^a Un sector considera que la independencia de Alemania sólo

puede alcanzarse mediante la práctica de la neutralidad, ya que una Alemania neutral sería una Alemania unida, al margen del Pacto Atlántico y lejos del sistema militar del mundo satelitizado. Sólo así Alemania podrá trazar su propio destino, elegir cooperaciones internacionales y concluir tratados, sin más excepción que aquellos signados con finalidades bélicas. De ese modo sería posible adscribir al pueblo alemán a la tesis de los Estados Unidos de Europa. Tal construcción dialéctica está representada por el grupo que expone sus puntos de vista en los «Frankfurter Hefte». Es este el sector dialécticamente más honesto y políticamente menos sospechoso.

4.^a Si se logra implantar el neutralismo alemán, no sólo se habrá prestado un gran servicio al pueblo alemán, eliminando el espectro de una dramática guerra civil, sino que se habrá trabajado eficientemente por el destierro de la «guerra fría» y por la avenencia de las cuatro potencias extranjeras que hoy ocupan Alemania. Para ello se arguye que la «guerra fría» declinaría, para epilogar en su desaparición, si tanto Rusia como las potencias occidentales llegasen a la conclusión de que una Alemania unificada no sería aliada del Este o del Oeste. De ahí que se propugne el incluir como cláusula básica del anhelado tratado de paz con Alemania, la neutralización. Así consignada esa cláusula se tendría la seguridad de que Alemania no firmaría pactos militares de seguridad, susceptibles de convertirla en aliada de uno de los grupos en presencia. Tal es la denominada Proclama de Witzenhausen, reflejando el pensamiento del llamado Nauheim Kreis.

De la anterior exposición pueden deducirse las siguientes consecuencias: a) el neutralismo es sustancialmente un fenómeno que se ha producido al margen de los actuales partidos políticos alemanes; b) no puede considerarse como arbitrario su intento de justificación dialéctica; c) hasta el presente no se ha logrado unificar esas corrientes, aglutinación que si es realizable fortalecería acentuadamente la inclinación neutralista alemana; d) no es desdeñable esa inclinación, que de modo vago e impreciso, se va abriendo paso en distintos sectores de opinión; e) es aconsejable estudiar adecuadamente la inclinación neutralista alemana respecto de cuyas posibilidades de perduración podremos deducir algo concreto cuando se discuta el problema del rearme alemán en los

coloquios anglo-franco-norteamericanos de Wáshington, que se inician precisamente cuando procedemos a redactar estos comentarios.

E) *El neutralismo alemán como camino dialéctico conducente a la reinstalación de un protagonismo.*

El fenómeno del neutralismo alemán, en forma sintética pero completa y objetiva, ha sido estudiado por Marina Salvin (*Neutralism in France and Germany*. «International Conciliation», junio 1951, número 472, pág. 318). De dicho análisis induce Marina Salvin que el neutralismo puede implicar la creación de una Alemania llamada a actuar como balanza y puente entre el Este y el Oeste, y en tal sentido reconquistar Alemania su pasada gloria y, una vez más, asumir un papel preferente en lo que atañe a los problemas mundiales. De ser cierta esta deducción sentada por Marina Salvin, resultaría que el neutralismo alemán coincidiría en sus propósitos finales con el neutralismo francés: readquirir un perdido protagonismo. Sin asentir ni disentir plenamente de la anterior interpretación, en nuestra calidad de europeos, no podríamos tornar frívolamente la espalda a un posible ademán germano tendiente a trabajar por la restauración de la unidad europea, abandonando propósitos hegemónicos fracasados en el curso de las dos últimas guerras mundiales. Mas tememos que esos propósitos puedan fracasar; de un lado, porque Norteamérica no sitúe adecuadamente en los platillos de la balanza, valorándolas objetivamente, las dos tesis del rearme y del neutralismo alemán; de otro, porque Rusia, opuesta por lógica comunista a cuanto signifique instauración de una Europa sin máculas de satelitismo, apoye el neutralismo sólo en cuanto pueda servir sus designios y posibilitar la galvanización de la «guerra fría»; así como que respalda la tesis de una Alemania unida bajo el signo siniestro de su total comunización. En nuestra calidad de europeos, no podemos aceptar ni una neutralización impuesta desde fuera como artilugio expansivo, ni un rearme decretado que convertiría en insoluble el problema grave de la necesaria e imprescindible unidad de Alemania, base insustituible de la unidad de Europa.

EL NEUTRALISMO DE NUEVA DELHI; SUS PROS Y SUS CONTRAS. LA INCOMPLETA TESIS DE NEHRU.

La precedente exposición pecaría por incompleta si no dedicásemos un limitado espacio al estudio de otro secesionismo respecto de cuyo alcance y proyección puede fácilmente formar juicio el lector de estos comentarios. Aludimos a la posición adoptada por el Gobierno de Nueva Delhi. Acaso el término de secesión, resulte en este caso inadecuado, por cuanto, a tenor de la tesis india, no se trata tanto de propugnar un alejamiento respecto del mundo occidental, cuanto de asignar al continente asiático una especie de programa «monroico», que, como su homónimo el americano, persiguiría como finalidad evitar la intromisión de los pueblos extraasiáticos en los problemas que afectan específicamente al Continente eurásico. En tal sentido, el programa propugnado más que negativo quiere ser constructivo.

Hace tiempo, en lo que al Gobierno de Nueva Delhi atañe, viene registrándose una inclinación denominada de la «tercer posición»; tal propensión se abrió paso, en sentido plural, tanto en lo que al problema de Corea afecta, cuanto en lo que al reconocimiento del Gobierno de Pekin respecta.

Pero acaso la coyuntura que se presentaba al Gobierno de Jawaharial Nehru había de producirse a propósito de la signatura del Tratado de Paz con el Japón, en San Francisco. El Gobierno de Nueva Delhi acordó no concurrir a San Francisco, seguida su actitud por el de Birmania. La dialéctica de Nehru se apoya en la consideración de que Asia debe ser para los pueblos asiáticos y, por tanto, ha de considerarse como indesable cuanto implique prolongar la presencia de tropas extranjeras —en este caso, norteamericanas— en el Japón. Ello se opone a la tesis hindúe, a tenor de la cual el Japón debe ser reintegrado a la independencia, situándolo así en condiciones de elegir libremente sus amistades en el Pacífico y en el Continente asiático; a esa aspiración se opone, según la tesis de Nueva Delhi, la circunstancia de que al Japón se le quiere ligar a Norteamérica mediante un tratado de garantía, pacto cuya preexistencia lo despoja de aquella espontaneidad que sólo sería posible si su conclusión subsiguiese a la plena reinstalación de la soberanía japo-

nesa. Solicita igualmente el Gobierno hindúe que sean restituídas al Japón aquellas islas, que, según la Nota de Nueva Delhi a Wáshington —23 de agosto de 1951— «no han sido adquiridas como consecuencia de una agresión padecida por otra potencia». Por ello, se demanda que las islas Riu-Kiu y Bonin, en vez de transformarse en fideicomisos atribuidos a los Estados Unidos, pasen a integrar el nuevo Japón. Se ha dicho que esta exigencia hindúe parece contradecir otra de las condiciones señaladas por Nehru (la adjudicación definitiva a Rusia de la parte sur de Sajalin y de las islas Kuriles) y acaso la objeción tiene cierta razón de ser. Pero no es ese aspecto de la cuestión el que ahora puede interesar, sino otro más trascendente al cual conviene referirse.

La India no concurrió a San Francisco; en contraste, allí hicieron acto de presencia, Rusia y sus Estados satélites —Polonia y Checoslovaquia—. De ello parece inducirse que, según la exégesis de Nueva Delhi, en ese programa reivindicatorio de Asia no se da intervención a Rusia, ya que en otro caso no sería fácilmente explicable la coetaneidad de la presencia moscovita y de la ausencia hindúe. Resulta así ser el sedicente neutralismo hindúe preferentemente asiaticante, apoyado en el tríptico de la concurrencia de tres grandes potencias: Japón, India y la China de Pekin. Tal aspiración puede placer o displacer en los medios occidentales, pero sea cual fuere la opinión que pueda uno formarse respecto de tal asunto, lo cierto es que el neutralismo hindúe se diferencia de los reseñados en las precedentes páginas, por lo menos en su aspecto espacial, ya que aspira a extenderse a toda la integridad de un Continente, para lo cual se propugna el alejamiento de cuanto signifique presión rusa o norteamericana. Como aspiración teórica, acaso esa tesis encuentre amplio apoyo en los medios asiáticos; pero en lo que afecta a su posible realización, tropezará con dos grandes dificultades: 1.^a prescindir de la acción y presencia de los dos grandes protagonistas en Extremo Oriente (Rusia y los Estados Unidos); 2.^a hacer caso omiso de que si esos pueblos no se integran en la órbita soviética, deberán proyectar su atención sobre las líneas exteriores del Pacífico, sobre cuyas aguas nadie puede poner en tela de juicio que hoy imperan las flotas y la aviación de los Estados Unidos. Acaso es ese uno de los más abultados reproches que pueden oponerse a los designios del Gobierno de Nueva Delhi, por cuanto todo gobernante que pretenda trazar las líneas

vertebrales de la política internacional de su país, necesariamente ha de establecer una necesaria ecuación entre lo deseable y lo asequible. Tal reparo puede oponerse a la tesis neutralista de Jawaharlal Nehru, y hasta el presente, la experiencia histórica parece aleccionarnos en el sentido de que la precitada ecuación tiene la condición de insoslayable, y, por ende, no puede ser desdeñada a impulsos de un idealismo más o menos seductor y atrayente. Todo ello, abstracción hecha de otra consideración que no puede ser desdeñada y que Nehru no parece haber tenido presente, a saber: que la prolongación de la indecisión postbélica nacida en 1945, sólo puede contribuir a galvanizar el estado de imprecisión que tan admirablemente sirve a los designios de cuantos alimentan y cuidan de asegurar la persistencia de la «guerra fría». Porque solicitar la reintegración de un Japón actualmente indefenso a su plena soberanía, concedida de modo inmediato es trabajar porque el problema asiático se resuelve en exclusivo beneficio de cuantos al norte del paralelo 38 manejan impudicamente el arma de la agresión, y sospechamos que no es lícito adoptar posturas tan comprometedoras cuando se trata de fijar la posición internacional de un pueblo que cuenta más de doscientos millones de habitantes.

EL NEUTRALISMO EGIPCIO.

En el orden del tiempo, la más reciente manifestación de neutralismo, inhibición, desistimiento o autonomismo, proviene de Egipto. Acaso ninguno de los apelativos anteriormente empleados caracteriza debidamente lo que representa la reacción del Cairo; pero todos ellos, por aproximación, pudieran servirnos como factor calificativo. El problema planteado por la decisión del Gobierno egipcio, es de naturaleza acusadamente compleja, por cuanto afecta a cuestiones de índole racial, religiosa, política, estratégica y económica. De ahí la conveniencia de valorar la réplica egipcia desde un doble punto de vista intrínsecamente considerada y en su significación simbólica y sintomática.

Como es sabido, las negociaciones anglo-egipcias, tanto en lo que atañe a la revisión del Tratado de 1936 como al Estatuto del Sudán, son realidad, más o menos acentuada, desde 1946, fecha prevista para un

nuevo examen del citado convenio, si así lo decidían ambos contratantes. No sólo se consignaban en dicho acuerdo cláusulas de tipo militar—estacionamiento británico en la zona del Zanal— sino que se estatúa sobre el Sudán, instaurando en aquella parte del Nilo un condominio. Acaso Inglaterra condujo estas negociaciones con exagerada parsimonia, pero no ha sido la supuesta lentitud británica la que indujo al Gobierno de Nahas Pachá a declarar caduco el Tratado de 1936 y considerar al Sudán como parte integrante de la Corona egipcia, sino la experiencia registrada en el Irán, país que, llevado por la firmeza de Mohammed Mussadeq, logró imponer en principio la nacionalización del petróleo persa y expulsar de Abadán a la representación de la A. I. O. C. Si esa experiencia indujo a Nahas Pachá a actuar en el sentido enérgico que suponen sus últimas decisiones, sería dable pensar en la pertinencia de tal ademán, ya que la posición de Inglaterra en las dos citadas naciones del mundo musulmán difiere sustancialmente, por cuanto en Abadán, para respaldar a los funcionarios de la A. I. O. C., debería desembarcar efectivos, en tanto en Suez tiene estacionadas tropas en virtud de un acuerdo en que fuera parte Egipto. Ello sin contar con lo que significaría, como hecho consumado y en calidad de fatal precedente, el que una nación contratante declarara de modo unilateral la no vigencia de un Tratado preestablecido y en cuyas cláusulas se instituye claramente respecto de su posible revisión. Mas no es el problema jurídico el que ahora nos interesa considerar, sino centrar nuestra atención en el aspecto político de la cuestión planteada, y al mismo quisiéramos referirnos.

Egipto acaba de ser instado por cuatro Gobiernos para signar un Tratado de alianza que representaría en el Oriente Medio o Próximo, una especie de complemento del sistema defensivo articulado en el Pacto del Atlántico Norte. Conviene decir que esa invitación al Cairo no puede considerarse como incluida en un plan preestablecido. Es cierto que se pensó complementar el Pacto Atlántico con la signatura de acuerdos relativos al Mediterráneo y especialmente a su sector oriental, pero no lo es menos que las negociaciones empleadas al logro de esa finalidad complementaria, al menos en su fase original, se limitaron a diálogos con Grecia y Turquía. Es evidente que el sector oriental del Mediterráneo, por consideraciones de índole geográfica, no puede des-

conectarse en un sistema defensivo del Canal de Suez, pero no resulta ser menos cierto que sólo *in extremis*, cuando se creyó que Inglaterra se encontraba ante una especie de atasco y con el objeto de alejar el problema de su vidrioso aspecto bilateral, se brindó a Egipto su inclusión en esa alianza militar, sugerida como pacto de seguridad ante posibles amenazas provenientes del mundo controlado por Rusia. Conviene observar que de esos países árabes, cuya integridad se quiere preservar, sólo uno —Irán— es fronterizo de Rusia; esa solución de continuidad geográfica puede influir en las futuras determinaciones de los países árabes y, en mayor medida, por causas distanciales en Egipto.

Reducir el sistema defensivo a Egipto equivale a ignorar que el mundo árabe se resistirá a aceptar lo que él estima una desconexión incompatible con los propósitos acordes de esa comunidad, reflejada en la constitución de la Liga Árabe, cuya formación se debe en gran medida a la iniciativa y al apoyo del Cairo. Aun cuando Egipto se mostrase inclinado a discutir, y en su caso a aceptar, la constitución de ese pacto que Inglaterra, Estados Unidos y Francia le proponen, no podría hacerlo sin contar con el asentimiento de sus congéneres de la Liga Árabe, y si ésta un día se alinease en la órbita defensiva de las potencias occidentales, automáticamente enajenaría todo lo que puede existir de regionalismo o de posibilidades autonómicas en sus propósitos. Aun admitiendo como posible tal epílogo, debemos considerar que si no el mundo árabe, cuando menos, el mundo musulmán abarca desde Marruecos en el Atlántico hasta Pakistán en el Océano Indico, alcanzando a Indonesia en el Mar de China, y no es presumible que un mundo tan acentuadamente dilatado, entre cuyos elementos componentes se interponen visibles soluciones de continuidad, se apreste a ingresar en tal sistema defensivo; esto aparte de que una cosa es el aspecto político del magno problema y otra muy distinta, más fluída, su unidad en el orden religioso. Si esas consideraciones, encaminadas a definir todo lo que hay de contenido complejo en el problema abordado, son ciertas, parece lícito deducir que no resulta factible reducir la cuestión al significado específico que tendría en todo caso una especie de pacto de garantía, referido geográficamente al Canal de Suez.

Acaso el Departamento de Estado norteamericano abrigó la esperanza de que su mediación en el caso egipcio, alterando los términos de la

cuestión y liberándola de su significación de disentimiento bilateral, posibilitaría una solución inmediata y satisfactoria a la vez. Si Norteamérica pensó en el sentido apuntado, padeció un error, tanto más indisculpable cuanto que fué su propia tesis la que deparó armas dialécticas: primero al Irán, más tarde a Egipto, después a Irak y acaso mañana a otra nación árabe. Aludimos a la ofensiva desplegada por Roosevelt en los días que antecedieron a la terminación de la guerra, ofensiva de un marcado sabor anticolonista. El antiguo Presidente norteamericano padeció una obsesión: la del ocaso de los sistemas coloniales; probablemente no calibró los peligros que encerraba una tesis de tal modo tajante e incondicionada; pero, si es evidente esa falta de percepción, ahora no hacemos otra cosa que colectar lo que fuera sembrado en los diálogos de Teherán y Yalta. Egipto arguye en el sentido de que la propuesta respaldada por Norteamérica no significa otra cosa que un esfuerzo póstumo encaminado a la galvanización del sistema colonialista y considera que difícilmente puede compadecerse su anhelo de independencia, con la presencia de tropas extranjeras a lo largo del Canal de Suez.

Pudiera decirse que en la tesis egipcia encaminada al logro de un desistimiento, se aprecia ausencia de realismo, por cuanto existen consideraciones de tipo geopolítico, indeclinables, y cuya ignorancia pondría en peligro la seguridad del mundo occidental; esa evidencia a que aludimos es que el Canal de Suez no podrá perder, en un dilatado espacio de tiempo, su condición de zona neurálgica y que su posesión y disfrute, por uno u otro de los futuros beligerantes, puede, si no tener la condición de decisoria, revestir importancia que nadie puede desdeñar. Así nos aproximamos a una zona dialéctica en la cual más pesa la necesidad que la equidad, y si las potencias occidentales consideran que el Canal de Suez en manos de Egipto no les depara la seguridad de que no puede ser utilizado por una potencia hostil, a menos de admitir lo que equivaldría a su indefensión, resignándose de antemano con lo que sería una derrota probable, mantendrán su presencia en la vía artificial que comunica el Mediterráneo con el Mar Rojo, aun a riesgo de que esa determinación pueda implicar el planteamiento de problemas acuosamente graves, incluso la posibilidad de que la actual guerra en potencia se transforme en pugna auténtica.

Una vez más Rusia permanece, por lo menos aparentemente, al mar-

gen de la trascendente polémica. Incluso en los medios egipcios se arguye —acaso un poco infantilmente— que no son las tropas soviéticas las acampadas en la zona del Canal, sino las británicas, y que entre un peligro geográficamente más remoto y otro que es realidad palpable, la elección no es dudosa. Es así como se quiere apuntalar un nuevo neutralismo, o, si se prefiere, un neoaislacionismo; probablemente será en determinados sectores de la opinión norteamericana donde se reputará de atenuadamente comprensible esa posición inhibitoria, que, en esencia, dió perfil y características carentes de plural a la política internacional norteamericana, a lo largo de más de un siglo.

Africa es un complemento de Europa o, por lo menos, hasta el presente así se ha considerado. Tal apéndice, cuya ausencia repercutiría siniestramente sobre el viejo Continente, puede dejar de serlo si un día Rusia lograra aproximarse a la orilla del Canal. No olvidemos que, según la genial concepción de Mackinder, Africa es uno de los tres elementos integrantes de lo que el geopolítico británico denomina la isla mundial y si una parte de dicho conglomerado geográfico —Eurasia— está actualmente controlada directa o indirectamente por Rusia, el adscribir todo o parte del continente africano al citado dispositivo geocrático, situaría a Rusia en condiciones de dar el paso decisivo en sus propósitos cosmocráticos.

En cualquier caso, esa moda que parece hacer furor caracterizada en el atuendo de las llamadas terceras posiciones, diríase haber encontrado otro campo de experiencia en esa zona neurálgica del Oriente Medio, y una cosa es su viabilidad y otra muy distinta el que sus patrocinadores vivan la ilusión de convertirla en realizable. Registramos el síntoma como una manifestación más de la tendencia al desglose, que, en esencia, no representa otra cosa que el apuntalamiento de una tesis a cuyo tenor parece aconsejable que el mundo se detenga a considerar sobre si es tan insoslayable como se dice la tesis basada en la incompatibilidad de dos mundos hostiles, no restando a cuantos pueblos están en principio al margen de ese plural intento de protagonismo más recurso que el melancólico de sumarse a una u otra de las dos grandes potencias discrepantes. Si la propensión citada constituye realidad, sería imprudente desdeñarla, tanto más cuanto que si asoma en distintas partes de la tierra (en Francia, en Alemania, en el Japón, en la India, en

Oriente Medio, acaso mañana en el nuevo mundo) esa coincidencia en el síntoma, exige, por lo menos de nuestra parte, no desdeñar la inclinación, calificándola, con ademán más o menos frívolo, de dislate, ya que, en esencia, nadie puede negar que es hija específica de la desorientación que el mundo padece, y si esa perplejidad se percibe en aquellos a quien el destino situó en sus manos, consideramos que es más disculpable por parte de quienes no retienen esa suma de responsabilidad.

Bien entendido que ello no quiere significar en modo alguno que nosotros nos erijamos en apuntaladores de esas nostalgias inhibitorias que asoman en distintos sectores de la tierra. mas tampoco que las desdeñemos, considerándolas como ademanes que no merecen siquiera ser debidamente apostillados.

CAMILO BARCIA TRELLES

